

LA ALFOMBRA

Alguien llamó la atención a aquel hombre que caminaba sin sombra.

—Usted está enfermo. No puede salir de casa en esas condiciones.

—Me siento perfectamente. ¿Qué sucede?

—Su sombra.

—Perdón, ha sido un lamentable descuido; pero tiene remedio.

La sacó del bolsillo, la desdobló, la colocó a sus pies y siguió caminando en su compañía.

Aunque hacía un día espléndido el suelo estaba embarrado, porque había llovido la noche anterior, y el hombre se manchaba los zapatos. Por eso, al entrar al café, saltó al centro de su sombra y se los limpió en ella como si fuera una alfombra. Luego volvió a guardársela en el bolsillo.

SU VISITA

Aquella mañana había empezado por enviarme palabras que llegaban a mi puerta e insistían en entrar. Pero yo no les dejaba libre el paso y se amontonaban a cientos.

Entonces decidió venir ella en persona.

Primero mandó los pies y las piernas; después, vientre y trasero; a continuación, la cintura; seguidamente, el pecho y espalda; luego, el cuello, y, por fin, la cabeza.

La lengua ya la había recibido dentro de un sobre.

EN LA CABINA

Entré a la cabina para telefonar, y al ir a marcar el número vi que las cifras no estaban señaladas en la rueda; pero de todas maneras, a riesgo de no llegar a acertar nunca, lo intenté. Atiné a la primera. Ello me resultó divertido. Fue mi mujer quien hablaba, y estaba de buen humor. Al despedirme la pregunté si iba todo bien en casa: «Estoy a tu espalda», me dijo. Volví la cabeza y era cierto.

LA VIDA CAPRICIOSA

Cuando alcancé a ser una muchacha me sentía atolondrada con las esquinas de la ciudad. Alguna estuvo a punto de llevarse la mitad de mi peinado.

En mi paulatina superación dormía con una mosca bajo la mejilla. Nunca mis amigos llegaron a saber de dónde procedían tan graciosos agujeros, porque yo, por entonces, era muda.

Después trabajé en ocupaciones propias de mi condición femenina. Hubo días que me acompañaron a casa dos langostas posadas sobre mis hombros. ¡Qué tiempos! Todo andaba trastornado. Algunas semanas comenzaban al revés y sus días centrales daban vueltas y vueltas. Yo lo hacía sin ninguna intención, pero me bañaba en una leche muy concentrada y así no envejecía nunca.

Llegó un momento en que, hastiada de tanto triunfo, me fui de viaje. No encontré ninguna dificultad. ¡Qué manera de pasar las aduanas! He llegado a perder la memoria de tanto acontecimiento. El caso es que un día ya hablaba. Y con voz potente. Poco a poco, y a veces muy de prisa, alcancé otros atributos que llevaba ocultos bajo los pantalones. Me resultaba fácil orinar contra el tronco de un árbol. Hasta que me sentí atrapado en un cine. A la salida ya casi tenía suegra.

Mi mujer es muy hermosa, y pienso llevarla en seguida a que conozca mi país.

MI PERILLA

Dispuesto a descansar me dejé caer sobre la peluda butaca de mi jardín, alumbrado a la luz incierta de una hora que ignoraba.

Me acomodé a su armadura ligeramente adormilado en su olor penetrante y creí que pertenecía a mi sueño el ligero temblor animal que le agitaba.

Me di cuenta de que en realidad era una cabra cuando lanzó sus primeros balidos. Entonces agarré sus cuernos y ceñí mis rodillas a sus lomos, porque comenzaba a andar. Nos alejamos por el bosque, y cuando ella ramoneaba unos momentos yo comía algunas bellotas.

Al volver ya trata esta perilla que, como una interrogación, es lo más característico de mi personalidad.

HAY DIVERSAS MANERAS DE LEER EL PERIODICO

A mi vecina la tenía muy interesada. Simuladamente venía observándome de balcón a balcón, desde el otro lado de la calle.

No habíamos cruzado la palabra ni yo la había mirado de manera especial. Y estoy casi seguro de que entonces ella no conocía de mí nada más que el verme sentado en el balcón leyendo el periódico.

Yo había soñado en alguna ocasión con su persona, representándome de maneras muy diversas y colocándole siempre las caras que me inventaba (no recordaba la suya) situadas en cualquier parte de su anatomía.

Un día que apareció particularmente soleado leía el periódico al mismo tiempo que me acompañaba de la divagación de mi pensamiento, pero me hizo volver en mí la voz de mi vecina, que me hablaba por primera vez.

—Hay diversas maneras de leer el periódico.

Efectivamente, el periódico podía leerse de muchas maneras, e incluso podía mientras tanto no leerse.

Mi vecina, que desde aquel momento la sentí muy ligada a mí, se retiró sonriente al interior.

Seguí con el periódico en la mano, paseando mi vista por sus páginas. Cuando terminé tenía el cerebro ocupado con frases y palabras que procedían del papel impreso. Me sentía como un saco lleno de recortaduras de cartón, sobres vacíos y trapos.

Aunque antes no la hubiera reconocido nunca en la calle, desde entonces la encuentro con frecuencia. Cuando ambos estamos desocupados pasamos un rato en un rincón de una cafetería. Allí me tapa los agujeros de la nariz, cierro los ojos y me pide que me esfuerce por arrojar lo que tengo dentro de mi cabeza, mientras hace presión sobre mis sienas.

En un babero de papel que coloca delante de mí va recogiendo las frases y palabras que consigo expulsar; las envuelve precipitadamente y acude a depositarlas en la taza del retrete. Luego cada uno se va por su lado.

EL SECRETO

Resultaba extraña la vida de aquel hombre tan aparentemente aburrido y que además mostrara tan alegre satisfacción en su rostro.

Ello hacía pensar que si no estaba trastornado al menos ocupaba sus pensamientos alguna divertida obsesión imaginaria. Pero no era exactamente así.

El tenía un secreto.

A la entrada del parque de aquella ciudad había dos leones de piedra. Y él, un día, a una hora anodina, había sentido la necesidad imperiosa de ir al parque y allí vio a los leones que se habían bajado de sus pedestales y además pastaban entre la hierba.

De vez en cuando volvía a gustar a solas de ese espectáculo.

DESDE AQUEL VERANO

El verano se prolongó de un modo excepcional. Resultaban paradójicos aquellos días de calor inconsecuente que transmitían un cansancio y un desaliento continuos. Pero el verano terminó de un día para otro y el cambio fue radical. El cielo se volvió gris; la temperatura, íntima; la vegetación, melancólica. Y comenzó la caída de la hoja. Descendían pausadas e ininterrumpidamente. El cielo ofrecía una mullida alfombra a los pies. Llegó un momento en que los árboles aparecieron desnudos. Poco después comenzaron a caer pequeños trozos de ramas. La cosa continuó. Los troncos llegaron a quedar pelados. Siguieron desprendiéndose pedazos de los troncos hasta desaparecer los árboles. Luego se inició la caída de los pararrayos y de las veletas. Cayeron las tejas, y poco a poco se fueron desmoronando los edificios. No queda nada en pie. Hace tiempo que no he visto a ninguna persona. No distingo el día de la noche. Me alimento con el polvo que recojo del suelo. Siento una curiosa sensación en la espalda. A veces temo haberme transformado en un ser distinto del hombre.

ANTONIO FERNANDEZ MOLINA

Zurita, 19
ZARAGOZA